

## **La tienda de labores online - Mercería Sirés**

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



® Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

### **Un chico de Castellón**

*Un chico de Castellón* es una ficción en la que se reescribe la historia de la Mercería Sirés con unos personajes y unas situaciones que no tuvieron lugar en la realidad; su finalidad no es documental, es literaria.

En el relato, Aureli, un muchacho nacido en Castellón, se deja llevar por su juventud a tierras alejadas de esas a las que él pertenece. Será allí donde descubra su verdadera vocación, a una edad en la que uno mismo no se exige movimiento, sino que este viene por sí solo.

#### Capítulo 1

Las mañanas de domingo solía aprovecharlas para cambiar el escaparate de la tienda. En abril, a esas horas —once o doce del mediodía, poco importa; a partir de las diez el tiempo se congela— moverse demasiado podía ser mortal. No había día en que el calor bajara la guardia. Quien quisiera trabajar debía armarse de valor y soportar gotas de sudor, sofocos y esa calidez que tanto se ama en invierno.

Aureli había decidido que los domingos eran el mejor día para dedicar a tareas como esa, ya que, al haber menos paseantes, también habría menos probabilidad de que alguna mirada impertinente lo observase a través del cristal del aparador mientras él, desde dentro, reordenaba los productos.

Cuando tenía que hacerlo bajaba la persiana a la altura de sus hombros. De manera que, agachándose unos centímetros, veía quién y qué pasaba en la Plaça Gran sin que los transeúntes se diesen cuenta. Solo había una desventaja. En domingo, las personas que caminaban por el centro eran menos interesantes que las que uno se cruzaría de lunes a sábado. Todas revelaban un cansancio que, más que individual, en una ciudad como Mataró se colectivizaba. Un noventa por ciento de la población estaba agotada, y no había nada más arraigado al carácter local que confesarse así. «Chica, fíjate en cuántos años llevo ya al cargo de este embrollo. Y que aún no me haya jubilado... ¡Que le dijeran a Eleanor Roosevelt cuando eso de la Declaración Universal, que una pobre mujer de cincuenta y muchos años se vería en estas condiciones! ¡Qué sufrimiento!» Se lo había oído a una tendera que trabajaba muy cerca suyo. La única diferencia entre Aureli y esa

## **La tienda de labores online - Merceria Sirés**

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



® Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

señora era que, el primero, por educación, prefería reservarse ese pesimismo para su círculo más cerrado de amigos. Sabía que los chismorreos se difundían rápido. Parecía que esas palabras recorriesen los antiguos sistemas de cañería, con fluidez, la estrategia que usaría un ingeniero para que el agua llegase a su cauce cuanto antes mejor. Si alguien comentaba detalles de su vida privada en una tienda del Carrer d'en Pujol, en menos de dos horas había llegado a oídas del artesano del Carrer Bonaire. La comunicación era efectiva, o, mejor aún, efectista. Como si resultara de un pacto acordado por todos los ciudadanos entre sí, se decidía que toda noticia que superara unos mínimos de interés debía proclamarse a gritos. Si alguien no se enteraba significaba que su sistema de cooperación había fracasado y se buscaban formas de mejorarlo. Por ejemplo, si algún rumor no llegaba a la carnicería de tal calle, se planeaba que, para una próxima vez, los clientes que conocieran el rumor estarían en la obligación de ir expresamente hasta allí para comentarlo. Eso, a fin de cuentas, acabaría reportando nuevas ventas a la carnicería, pues nadie sale de un comercio sin haber comprado algo antes, por más insignificante que sea. Era otra norma convenida. Y es que, en definitiva, todo servía para dar impulso al comercio. Los murmullos acababan siendo la base de la economía local.

Aureli, por lo general, no estaba al corriente de lo que pasaba de nuevo. Dentro de esa trama de traficantes de rumores no cabía todo el mundo, tan solo las que llamaríamos 'personas indispensables' para que cada novedad o curiosidad llegase a buen puerto. Él, sin embargo, no podía estar en ella. Su propia clientela desconfiaba de un hombre que estuviera al mando de una mercería. Se les hacía raro, hasta sospechoso. El día que abrió por primera vez, muchos años atrás, se desató un escándalo silencioso. Uno de aquellos que solo se comentaban en voz baja. Mataró, salvo en contadas excepciones, era una ciudad discreta.

Otro hecho que hacía que algunas de sus clientas arrugaran la nariz era que no hubiera nacido en Mataró. En resumidas cuentas, la idea que se tenía de Aureli era: Un chico de veinticinco años llega de Castellón, se lo ve lleno de esperanzas, y, sin embargo, a los pocos días, vaga por las calles sin rumbo... Hasta que, al cabo de pocas semanas, se hace cargo de un local que llevaba abandonado

## **La tienda de labores online - Merceria Sirés**

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



© Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

desde hacía años, y pone en este una mercería. No se podía culpar a la gente de ser recelosa; el caso de Aureli tenía sus particularidades.

Estos miramientos los compensaba que la gente fuese de trato tan amable. Menos cuando estaban en familia y se permitían alguna que otra salida de tono, los mataronenses sonreían y usaban un gran abanico de fórmulas de cortesía. Incluso algunas de tan anticuadas que, de haberse dicho en otra situación, en otra ciudad, habrían provocado grandes risotadas. La alegría con la que la ciudad vivía su día a día era la herencia que había dejado la industria textil. El camino de ida y vuelta de las fábricas, que se tenía que sobrellevar como fuera, había atado a la personalidad de la ciudadanía una gran simpatía. Tan solo se compararía con la de los locos de l'Empordà. Estos últimos eran tan amables porque la tramontana los había tocado. Si los descartásemos, la gente de Mataró se quedaría con la primera posición. Se enorgullecerían de ello y hasta colocarían una placa en las paredes del Ajuntament que materializase ese honor; porque si había algo que tenían en mayor cantidad que la alegría, eso era el orgullo.

Se tiene que recordar, también, que la clientela de Mataró es tan generosa como la que más. Pese a la desconfianza que mostraron hacia la mercería en un principio, cedieron pronto. Aureli fue haciendo caja. Algunos se hicieron habituales rápidamente. Otros se resistieron un poco, pero no nos arriesgaríamos al decir que, a los tres o cuatro de meses de haber abierto la mercería, ya habían desfilado por ella la totalidad de clientes que conservaría los años siguientes.

Aureli intentaba innovar con sus escaparates. Creía que, de este modo, conseguiría atraer nuevos públicos. Un poco iluso. «Harías mejor cuidando a tus fieles de siempre, que nos has olvidado...» Se tenía que oír eso cuando hablaba de sus pequeñas ambiciones. Eran a pequeña escala. Quería dar pasos cortos, pero que marcaran la diferencia. Como acercarse a la juventud de la ciudad, o ampliar el radio de público que alcanzaba. La ciudad entera ya te conoce, y si quieres otro tipo de clientes, quizás deberías repensarte el tener una mercería, le decían. Acabó por asumir que, de entre las cosas que no cambiaría ni queriéndolo, era de mayor peso.

En esa ocasión, el escaparate tenía que ir en dirección al verano. Sustituyó los tonos de los ovillos

## **La tienda de labores online - Merceria Sirés**

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



©Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

que había colocado a principios de la primavera. Estaban ordenados en forma de columnas; llegaban hasta el techo del aparador, por lo que, dependiendo de cómo se mirasen, parecía que, en lugar de construirse hacia arriba, cayesen del cielo.

Su procedimiento para diseñarlo era sencillo: Recortaba trozos de revistas que encontraba en su peluquería y se los guardaba en el bolsillo. Llegado el momento de montarlo, sacaba todos los recortes y los unía como en un rompecabezas. Los leía de uno en uno e intentaba escoger lo más importante de tanta hojarasca sobre moda.

Había leído en algún sitio que los colores pasteles serían tendencia la próxima temporada. Vaya, cada año lo mismo, pensó. Si hay algo que no sea cíclico, que me cuelguen, porque nunca lo he visto.

A las doce y media sonaron dos campanadas desde Santa María. Golpearon las persianas del comercio como algunos clientes cuando, un lunes por la mañana, a pesar de saber que estaba cerrado, insistían en entrar. El sonido era menos brusco, exigente. Aureli entendió que, para tener tiempo de hacer otros recados, debía ir acabando con el asunto. Para que diese sensación de frescura, cambió algunos objetos de lugar. No buscaba que el conjunto tuviera ningún sentido, solo que pareciese que estaba en cambio continuo. Había aprendido que esa pequeña obertura en una de las paredes de la mercería era lo que la definía; si quería que la gente que pasase por delante la viese como un lugar acogedor, no importaba como fuese el interior, lo que tenía que hacer era centrarse en ese blanco.

Echó una última ojeada a través del cristal. La plaza estaba desierta. Era normal que, llegados a fin de mes, se viera menos gente. Además, la poca que se veía tampoco expresaba tanta felicidad como, recordando lo dicho, haría un mataronense de pies a cabeza.

El Rengle, ese edificio moldeable, modernista que había en medio de la Plaça, ganaba en antigüedad cuando nadie pasaba a su alrededor. Diseñado por Emili Cabañes i Rabassa el año 1981, maquillado y coronado por Puig i Cadafalch dos años más tarde. En ese pequeño mercado se reunían ocho tiendas que en los días de trabajo quedaban disimuladas por la sombra que les hacía el

## La tienda de labores online - Merceria Sirés

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



© Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

tejado. Los domingos, con todas las persianas bajadas, recordaba las cajas de música de otra época, con muchos cajones, que al abrirse desprendían su magia.

De los árboles que lo rodeaban caían pétalos. Sin parar, sin descansar ni en domingo. El basurero ya había pasado esa mañana, por lo que las que cubrían el suelo entonces permanecerían allí hasta el lunes. Con lentitud, acabarían por juntarse. Se irían tejiendo hasta formar una sola alfombra. La alfombra de la Plaça Gran. De color verde, amarillo, blanco. Esas acacias eran las tejedoras de la plaza con más historia de Mataró.

Seguida a las campanadas, una vibración recorrió cada una de las baldosas de la tienda. Aureli se extrañó. Le recordó la vibración de los escenarios en los que se bailan sardanas, en el momento en que las personas suben a ellos y montan un corro. La cerámica del suelo temblaba como si estuviera siendo golpeada con unos zuecos desde dentro de la tierra.

Aureli se imaginó un duende que, calzado con zapatos de madera, bailaba por los subterráneos de la capital del Maresme. De hecho, una *maresma* no dejaba de ser una costa inundada por las olas del mar. Así pues, ¿qué impedía que un ser mitológico hubiera ido a parar a orillas de esa ciudad y se hubiera aventurado por lo que quedaba debajo de sus calles?

Con tal de sacarse esa fantasía de la cabeza, salió a la plaza. Intentó seguir la dirección de las vibraciones. Dejó, detrás suyo, la persiana bajada hasta abajo, aunque no la llegó a cerrar. Fue hacia Carrer Santa Maria y, al llegar a la esquina que doblaba esa calle con la Plaça Gran, se detuvo. Sacó la nariz discretamente y vio un trío de hombres agujereando el suelo.

Un par de señores, tan curiosos como él, se colocó a su lado. «Ah, ya entiendo. Tiene que ser una de estas prospecciones que están haciendo por toda la Plaça Gran. Buscan unas salas subterráneas que antes servían para guardar la comida y los trastos. Mi padre, que era hombre de naturaleza intrépida, había bajado más de una vez. Antes de morir me hablaba de las cachetadas que le clavaba su madre cuando, siendo un niño, se metía por esos agujeros. Un cabrón, mi padre» comentó el uno al otro. Aureli los miró de reojo. El que había hablado, al darse cuenta de ello, se mosqueó y giró con rotundidad. El colega lo siguió. Esa molestia por los desconocidos que ponen la oreja donde no les

## **La tienda de labores online - Merceria Sirés**

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



© Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

incumbe quedó en el aire. Pero rápidamente se fue disolviendo, a la vez que un ruido infernal salía de las máquinas con las que esos hombres estaban perforando el pavimento. Peores que golpes de tambor, de timbal o de cualquier grupo de instrumentos que, al chocar entre ellos, se convirtieran en una orquesta de mal gusto. Quizás, si un director tiránico se hubiera hecho con el control de la Simfònica de Barcelona y el caos hubiera surgido donde antes había armonía, el ruido que se haría en los ensayos se compararía con ese. O quizás deberíamos remontarnos a los pinitos de un músico muy mediocre para encontrar unos sonidos al nivel de esos.

Algunos vecinos salieron a sus balcones. Hicieron un paréntesis en sus mañanas para observar cómo un albañil, rodeado de historiadores y arquitectos, apuntaba hacia el suelo con un monstruo de metal y, seguidamente, lo empuñaba contra él. La piedra saltaba, se hacían chispas de cemento, mucho polvo por aquí y por allá. La fiesta de la destrucción.

Lo coherente habría sido que, con tanto ruido, Aureli se viera impedido de pensar. O incluso de construir una sola frase en su mente. Pero las cosas, una mañana de domingo, pueden salirse de la normalidad e ir a por nuevas realidades. Algo que en su día a día le habría producido jaqueca, le invitó a reflexionar sobre las familias que debían guardar sus pertenencias en esas salas que buscaban por debajo de la superficie urbana. No conseguía imaginarse cómo irían vestidas, pero sí los planes que harían, los modales con los que hablarían con sus conocidos... Detalles que superaban los tiempos y que unían el momento presente con el momento en que esas salas no eran de difícil acceso, sino que estaban incorporadas en la distribución de las casas.

Para muchos mataronenses, él era un extraño que nunca formaría parte de la ciudad. Tampoco pretendía hacerlo. Pero lo que tenían en común los pasados de los cascos antiguos de Cataluña le intrigaba.

En ese mismo momento se habría ido a un archivo histórico y habría pasado el resto de la mañana consultando documentos de otros tiempos. Sin embargo, no sabía cómo acceder a los que había en Mataró. Pensó que alguna de esas personas que, con una mano sobre el mentón y la otra apoyada en la cadera, inspeccionaban la prospección, le podría ayudar.

## **La tienda de labores online - Merceria Sirés**

<http://www.latiendadelaboresonline.com>

[info@merceriasires.com](mailto:info@merceriasires.com)

93.790.69.39



© Todos los derechos reservados  
Xavier Sirés Garcia  
<http://www.xaviersires.blogspot.com>

Se acercó a un hombre que le llegaba a la altura del pecho. Vestía una camisa que se había doblado por las mangas para disimular sus arrugas. Parecía la clase de tipo devoto de sus investigaciones y que, por eso mismo, descuidaba formalismos como el plancharse las prendas o ser educado. No eran pocos, y caían bien a Aureli por la modestia con la que se tomaban la vida diaria.

«Perdone, ¿podría decirme dónde encontrar un archivo con un buen fondo sobre el tema que están tratando? Sí, sí, es decir, el tema que tratan ustedes, aquí» Como que estaba de espaldas a él, le había tocado el hombro al hacerle la pregunta. Tuvo que añadir algo más ante la perplejidad con la que el historiador reaccionó. «Vaya, me pillas un poco desprevenido... Supongo que puede consultar el Arxiu de San... Bueno, bueno, tampoco le puedo asegurar nada... Espere un segundo...» Se volvió a dar la vuelta y se dirigió hacia un hombre que estaba revisando un mapa. Le dijo alguna cosa que Aureli no oyó. Siguieron hablando. Aureli esperaba con las manos recogidas en la espalda, picando con los tacones de los zapatos en el suelo. Pasaron tres minutos y los señores no se separaban. Después, Aureli se dio cuenta de que se habían olvidado de él.

Regresó a la mercería decepcionado. Aunque se alejó del lugar de donde venía el ruido, lo siguió oyendo durante el resto de la mañana. Inundaba las calles del centro con la misma intensidad que lo haría un festival de música.

A la una del mediodía cerró la tienda e hizo el camino de vuelta a casa. Al pasar por delante del llamado Arxiu de Santa María se dijo: «Por más que desconfie de que el destino exista, no dudaría de que ha sido él el que me ha impedido llegar hasta aquí. Puede ser que lo que busque no sea la historia de esas familias, sino la que me ha llevado al lugar en el que estoy. Sería estúpido que empezara a estudiar vidas ajenas sin pensar que durante mucho tiempo he olvidado mi propio rastro.» Acudió a su memoria.